

**PERSONAJES DE LA ESCUELA/FACULTAD
DE VETERINARIA DE LEÓN
IX. Angel Sánchez Franco (1911-1988)**

Por Miguel Cordero del Campillo

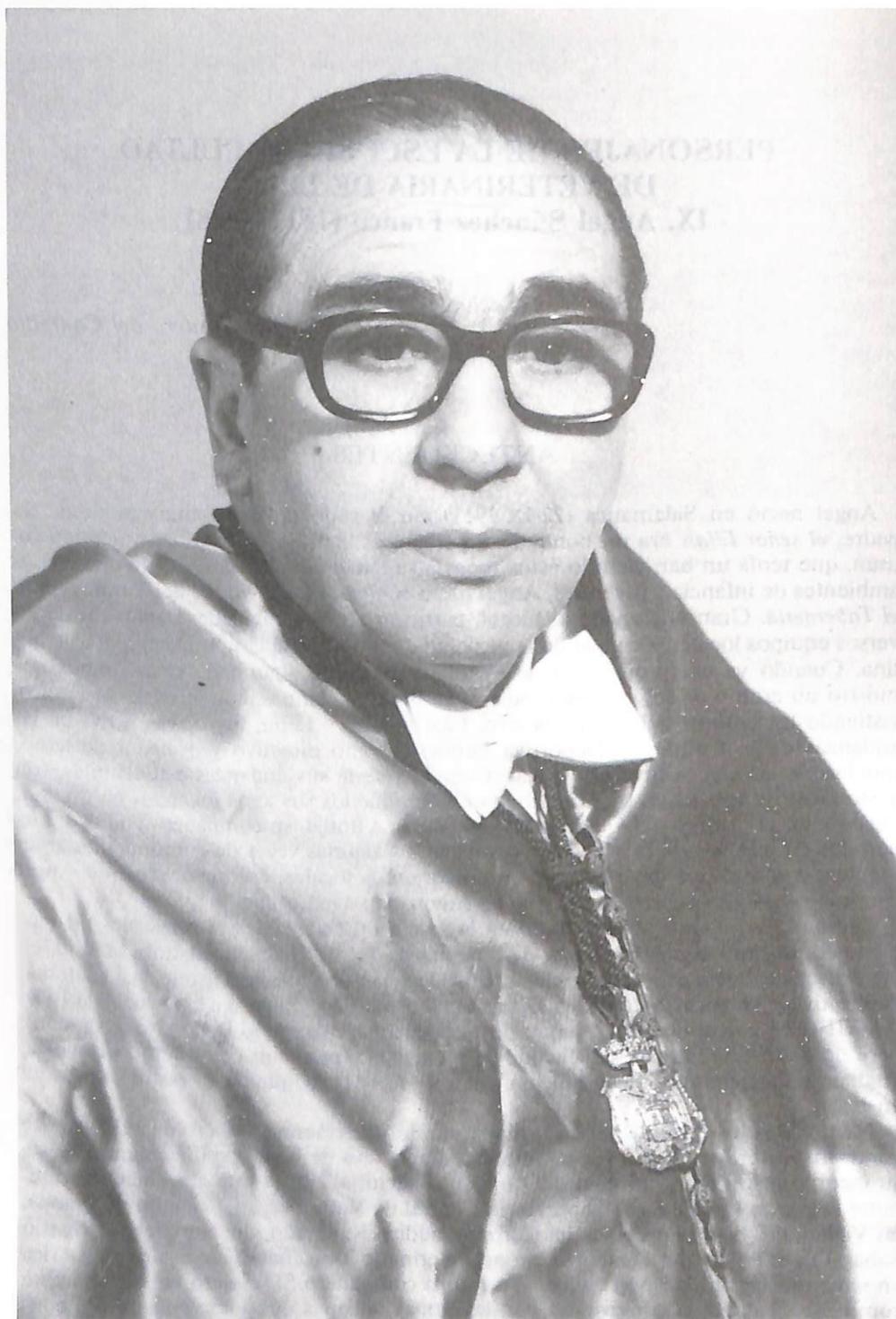
ANTECEDENTES

Angel nació en Salamanca (22-IX-1911), en el seno de una familia modesta. Su padre, *el señor Elías*, era un bondadoso personaje, lleno de humanidad y sentido común, que tenía un bar, cuando éstos todavía se llamaban *tabernas*, de ahí que, en los ambientes de infancia y juventud, Angel fuera conocido en la ciudad del Tormes como *el Tabernerín*. Gran aficionado al fútbol, participó en las actividades deportivas de diversos equipos locales, alcanzando la posición de titular en la Unión Deportiva Salmantina. Cuando ya era profesor en la Facultad de León, alguno de sus alumnos nos mostró un cromó de los que se vendían con las chokolatinas, con la efigie de Franco, vistiendo los colores del equipo charro. Incorporado a León, tuvo parte activa en las andanzas de la Cultural y Deportiva Leonesa, como directivo y avalador de letras, muchas de las cuales tuvo que pagar. Cuando refería sus andanzas estudiantiles, con gesto pícaro y sonriente, mencionaba también aquéllos sus años juveniles en Madrid, jugando en el Campo del Gas con Carlos Sánchez Botija, su compañero y amigo. Los partidos en pueblos de la Mancha, acompañados algunas veces de contundentes argumentos, o rematados de bailongos en polvorientos locales, eran evocados por Angel con una nostálgica sonrisa, en la que se adivinaban aventurillas.

Cursó el bachillerato universitario en la sección de ciencias. Sin especiales razones para ello, decidió seguir la carrera de Veterinaria, por lo que se trasladó a Madrid, en cuya Escuela inició sus estudios en 1929. Después de aprobar Histología, Anatomía descriptiva y Técnica anatómica y Disección (curso 1929-30), pasó a la Escuela de León (11-XII-1930, según documento que firma el director madrileño D. Tiburcio Alarcón), pero no debió encontrarse satisfecho en esta ciudad, pues cursa en Madrid Fisiología, Higiene y Parasitología, Bacteriología, etc. en 1930-31 y se pierde su rastro estudiantil en León.

Terminados los estudios en Madrid (Título de Veterinario en enero de 1934), ejerce como Inspector Municipal Veterinario en Aldeanueva de Figueroa (Salamanca), hasta su incorporación como técnico del "Instituto Victoria", en la capital salmantina. Durante la guerra trabaja en el Laboratorio Central de Veterinaria del ejército de Franco, en Valladolid, bajo la órdenes del Coronel médico R. Criado, del Coronel veterinario Sabas Tejera Polo y del Teniente Coronel veterinario Teógenes Díaz. Es una época rica en experiencias, en la que conoce a su futuro compañero S. Ovejero del Agua, asiste como espectador a la convivencia con las tropas italianas que intervenían en la contienda y conoce a su futura esposa, Caridad Acedo. Su anecdotario de aquellos años

An. Fac. Vet. León. 1989, 35, 169-183



El Prof. Dr. D. Angel Sánchez Franco, con traje académico.

daría para mucho, tanto en los aspectos lúdicos, como en los puramente astracanescos de un pueblo que mezcla ternuras y barbarie, generosidad y desprecio a la propia vida, con indiferencia.

Trasladado a León, ocupa con su esposa un piso en el n.º 36, del Paseo de la Condesa de Sagasta. Desde sus balcones se divisaban entonces anchas fajas de chopos, que bordeaban ambas riberas del Bernesga y, a lo lejos, las colinas de la Virgen del Camino, que preceden en perspectiva a la masa gris oscura del Teleno, el Marte astur, dominador de las tierras maragatas y cabreirasas.

La vida familiar de la joven pareja está limitada por el trabajo y la preocupación de Angel, que pasa horas y horas en "Laboratorios SYVA", tratando de resolver todo, desde el diseño de carros para inmovilizar los cerdos y los trócares de sangría, hasta la enseñanza de las técnicas indispensables a sus colaboradores. Cuando consiguió pasar el control oficial de los primeros litros de suero contra la peste porcina, hubo una pequeña fiesta en los laboratorios que tanto le deben. Hay que situarse en aquellos tiempos, sin antibióticos, ni bacteriostáticos adecuados para entender la angustia del técnico del laboratorio que, en un ambiente fuertemente séptico, como es el de la producción porcina, debía lograr "virus" (sangre desfibrinada) y suero sin contaminación bacteriana, con la única ayuda de un "conservador" (sol. glicero-fenicada) y la pasteurización (para el suero). Felices tiempos los posteriores, cuando aparecieron algunos preparados orgánicos de mercurio, fuertemente bactericidas.

Fruto de su matrimonio nació una niña, nuestra ex-alumna y actual colega la catedrática Dra. Caridad Sánchez Acedo, que ocupa su puesto en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza. Desgraciadamente, Franco perdió a su esposa, a consecuencia de una dolencia renal, coincidente con su segundo embarazo. Creía su amigo el Dr. Ucieda, que ya había pasado el peligro, cuando todo se concatenó para dejar a Angel con su única hija, en la soledad de su hogar. Acudieron entonces a León, en su ayuda, los abuelos de *Caruchi*, como todos llamaban a la niña: la enérgica abuela Tomasa y el bendito abuelo Elías, que la cuidaba en el bello paseo de *la Condesa* y se enfadaba cuando las gentes le llamaban "señor Franco", apellido que era el de su mujer. Más tarde vinieron sus tíos Ramón y Manolita, con los que vivió la familia, ya trasladada al n.º 4 de la calle de Sampiro, hasta que Angel tuvo que marchar a posesionarse de su cátedra en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Zaragoza. En Salamanca permanecieron sus hermanos Manolo y María.

LOS AÑOS DE LEÓN

En León, *los Pablos* -Julián, Manuel y Juan- fundaron una razón social situada en la carretera de Trobajo del Camino, conocida popularmente por su matadero de ganado porcino, aunque sus negocios eran más amplios. La familia Pablos había venido de la sierra de Béjar, concretamente de Fuentes de Béjar, en la provincia de Salamanca, por lo que también se les llamaba *los Salamanquinos*. Aparecieron como vendedores al por menor de productos del cerdo, más aceite, pimentón de la Vera y productos semejantes. En los años 30 ya eran empresarios sólidamente establecidos en el negocio de productos porcinos, pero, en general, de lo que, con reminiscencias del imperio español, todavía se llamaban "coloniales", aunque cuanto vendieran fuera de producción peninsular. Aparte de los "ultramarcos" -otro nombre evocador del pasado nacional- tenían jabonería. Una de las ramas se había establecido en Astorga y otra, siguiendo la vertical del "camino de la Plata", -que nada tiene que ver con el metal de este nombre, sino con la vía romana de Astorga a Mérida, es decir *empedrada, balata*, para los



Compañeros de trabajo en Laboratorios SYVA, Manuel Rubio Palencia (1), Angel Sánchez Franco (2) y Miguel Cordero del Campillo (3). (Foto M. Cordero, 1950).

árabes-, arribaron a Sevilla y allí fundaron nueva empresa, con ramificaciones hacia Córdoba.

Durante la guerra civil, lo que para mi generación fue, simplemente *la guerra*, los jóvenes Pablos se incorporaron al ejército de los *nacionales*, es decir, combatieron con el general Franco. Uno de ellos, Antonio Pablos Pérez, era veterinario y se hizo piloto de guerra en la academia militar que funcionó en la base de la Virgen del Camino, pocos kms. al oeste de su hogar.

En los años 30, la carretera de Trobajo del Camino estaba bordeada por sendas filas de chopos lombardos de gran porte. Oí decir que Antonio, con la irreflexión de la juventud, acostumbraba a dar pasadas en vuelo rasante sobre las instalaciones y chalet familiar, hasta el punto de angustiar a su madre, pues, se decía, una vez llevó hojas de la copa de un chopo en el tren de aterrizaje de su avión. Su madre, doña Rosalía, temerosa del riesgo que corría su retoño, buscó una solución para que abandonara el servicio del Arma de Aviación y, de acuerdo con los demás miembros de la familia halló la fórmula: construir un laboratorio para la producción de sueros, vacunas y productos farmacéuticos para Veterinaria, donde tuviera aplicación el título de Antonio. *Si non e vero, e ben trovato*.

A principio de los 40 tuve noticia directa de *los Pablos*, pues mi madre, como otras esposas de guardias civiles, expertas en estirar las escasas pagas de sus maridos, me llevaba a comprar sesadas, hígados y caídas de cerdo, para nutrir a su prole, más numerosa de lo que aconsejaba la economía doméstica, pero en armonía con las doctrinas de la Iglesia, católica, por supuesto.

La España partida por la guerra civil apenas si contaba con industrias productoras de sueros y vacunas. Había, ciertamente, laboratorios que vendían fórmulas farmacéuticas, pero, en la mayoría de los casos, se trataba de pequeñas industrias vinculadas a

las oficinas de farmacia. Algunos productos se fabricaban en León, en la farmacia-laboratorio de Justino Velasco, catedrático de la Escuela de Veterinaria, como también en la farmacia de Merino, el yerno de don Práxedes Mateo Sagasta, y en la no menos conocida de Mata, farmacéutico de La Bañeza, cuyo "Resolutivo Rojo-Mata" era bien conocido de los veterinarios. Como excepción a esta situación podríamos mencionar el "Instituto Veterinario Nacional" (IVEN), en cuya gestación intervinieron F. Gordón Ordás y C. López y López, en los años de la II República, "Laboratorios IBYS" y el "Instituto Llorente", estos dos últimos más volcados hacia la medicina humana.

La producción porcina, que tenía considerable importancia en la España rural del centro y mediodía, especialmente en las montaneras de Salamanca, Extremadura y Andalucía, sufría de los ataques de las "enfermedades rojas", entre las cuales la peste porcina -entonces no había que diferenciar "clásica" de "africana"- era un azote. Se importaba suero de Hungría y de los EE.UU. de Norteamérica y, finalmente, se creó el "Instituto Victoria", en Salamanca, en relación con los "Laboratorios Fort Dodge" de Norteamérica.

Los Pablos aprovecharon las dificultades de suministro que padeció España después de nuestra guerra, con el añadido del aislamiento provocado por la II Guerra Mundial, y crearon "Laboratorios SYVA" (Serología y Vacunoterapia Anti-infecciosa), en el marco de Industrias y Almacenes Pablos, S.A. (IAPSA). Aparte de la oportunidad que ofrecía un mercado desabastecido de productos para la prevención y terapia de las enfermedades del ganado, el laboratorio permitía disponer de "cupos" de pienso, carnes, grasas y residuos varios que, cuando España estaba sometida a drástico racionamiento, permitían obtener ganancias fáciles, en particular si se desviaban hacia el mercado negro, el "estraperlo", popularizado ya en la II República (1935), por los sucios manejos de Strauss y Perlowitz, paniaguados de familiares de don Alejandro Lerroux, que le costaron la carrera política a este personaje, hijo, por cierto, de un veterinario del mismo nombre.

Los planos del laboratorio fueron obra de Juan Torbado Franco, hijo de Juan-Crisóstomo Torbado Flórez, uno de los últimos grandes restauradores de la catedral de León. Como salmantinos, *los Pablos*, recurrieron a Angel Sánchez Franco, que trabajaba en el "Instituto Victoria", para diseñar y responsabilizarse de la producción de sueros y vacunas para el cerdo. La dirección técnica, sin embargo, se encomendó a Santos Ovejero del Agua, a la sazón Inspector Provincial de Sanidad Veterinaria, miembro del Cuerpo Nacional Veterinario y profesor de la Escuela Superior de Veterinaria de León. Después de trabajar unos meses en precario, "Laboratorios SYVA", logró la autorización definitiva y Santos Ovejero figuró como director técnico, ya oficialmente, en tanto que Angel Sánchez Franco apareció como sub-director, jefe de la sección de peste porcina. Pronto se incorporó a la nómina técnica el inspector provincial veterinario (= veterinario titular) de San Andrés del Rabanedo, Marcelino Alvarez González, quien se ocupaba de la intervención sanitaria de la fábrica de embutidos y matadero anejo al laboratorio y de la sección de sueros de caballo. En 1948 yo habría de sustituirlo en el puesto del laboratorio, lo que me permitió conocer profundamente al profesor Sánchez Franco, de quien había sido alumno en la Facultad.

En los tiempos de las Escuelas Superiores de Veterinaria y en el período de transición hacia Facultades, se obtenía el "Título de Veterinario" al final de la carrera. Para quienes quisieran seguir el camino de la cátedra existían los estudios superiores de Veterinaria, que únicamente se cursaban en Madrid. Los graduados en las Escuelas "de provincias", -como decían con cierto retintín despectivo los procedentes de Madrid,- teníamos que acudir a realizar los exámenes de las cuatro asignaturas que se requería aprobar antes de presentar la *memoria-tesis*. Los catedráticos y profesores encargados



Una escena habitual en Laboratorios SYVA: sangría a muerte de un cerdo, para obtener "virus" (sangre virulenta desfibrinada) de peste porcina clásica. (Foto J. Gracia, hacia 1945).

de aquellas enseñanzas tenían fama de muy exigentes y, para colmo, como decía el profesor Isidoro Izquierdo, los provincianos habíamos de "lidiar en campo contrario". Cuando decidí obtener aquel diploma, oí hablar del profesor G. Colomo de la Villa, catedrático de Microbiología e Inmunología, con fama temible. Era hijo de don Victoriano Colomo Amarillas, a quien sucedió en la cátedra, y había heredado de éste el mote de *Bichitos*, no sólo por los microbios que explicaba, sino por el temor que le tenían sus alumnos. Se anunciaba que sometía a los alumnos libres a unas minuciosas pruebas prácticas, entre las que figuraba la necropsia de cobayas, la titulación de los varios elementos de la reacción de fijación del complemento y no sé cuántas cosas más. Lo cierto es que, ayuno como yo me sentía de aquellos conocimientos prácticos, solicité de don Angel, un día que lo encontré paseando por Ordoño II, que me permitiera "practicar" con él. No sólo accedió a mi petición, sino que me invitó a trabajar en "Laboratorios SYVA", cobrando. Excusado es decir que me llenó de contento aquella oferta y, sin duda, junto con mi incorporación como Ayudante de Clases Prácticas a la Facultad, que me ofreció el decano profesor Izquierdo, marcaron mi futuro universitario. Por entonces, con un buen expediente, mi gran aspiración era obtener un partido veterinario y tenía puestos los ojos en el de La Vecilla, que estaba vacante. También influyó en mi destino la congelación del concurso, determinada por la unificación de los escalafones de los Inspectores Municipales Veterinarios, que pasaron a denominarse Veterinarios Titulares.

De este modo se inició mi relación con Angel Sánchez Franco, que tan profunda y cordial habría de ser. Para mí fue una excelente oportunidad de conocer el mundo del trabajo, al tiempo que recibía la enseñanza de expertos hombres de la Veterinaria, como los amigos M. Rubio Palencia y F. Yustas Bustamante, cuyas vivencias profesionales, políticas y, en suma, vitales, tan provechosas me fueron.

En Laboratorios SYVA, Franco se relacionó con muchos veterinarios, que acudían al servicio de diagnósticos gratuitos que, como de promoción, estableció la empresa. Cuando las unidades militares mantenían granjas para poder mejorar el rancho de la tropa, se estableció también la granja de Aviación -como familiarmente se conocía- a cargo del entonces brigada Victorino (D. Victorino de Abajo) y se solicitaron los servicios de Franco, conocido experto en patología del cerdo. Pronto se difundió su prestigio, avalado por una gran experiencia, su modo de hacer las cosas, que dejaba siempre en buen lugar al consultante, por errado que estuviera, y su trato sencillo y cordial, que le granjeó innumerables amigos a lo largo de toda su vida. Aparentemente desordenado, trabajaba con una facilidad que daba la impresión de que todo era simplicísimo, gracias a su gran sentido común y a su excelente memoria. Si existe el "ojo clínico", Franco lo tenía en grado de excelencia. Cuando teníamos expuestas las vísceras y había conversado unos breves instantes con el veterinario o el ganadero, diagnosticaba inapelable y certeramente... y se alejaba, dejándonos sorprendidos a quienes, carentes de experiencia, aspirábamos a racionalizar plenamente los diagnósticos. Su desaparición de la escena parecía obedecer a un intento de no poner en evidencia a quienes no teníamos su intuición, ni veíamos las cosas con tanta claridad. Sus modos sencillos, nada arrogantes, jamás hirientes, tenían a veces una pizca de picardía, que se advertía en su mirada, como cuando, preguntaba:

-¿Qué es eso?, al tiempo que señalaba con el índice dos riñones de cerdo, cubiertos de petequias.

El novato contestaba raudo y feliz:

-¡Peste porcina, don Angel!

-Haga una preparación y tiña con Gram, recomendaba enigmático Franco, abandonando el escenario, para regresar a la media hora y hallar a su discípulo mirando sorprendido un campo lleno de bacilos del mal rojo.

-¿Qué ve?, inquiría Franco, divertido.

-Don Angel, ¡es mal rojo!

Franco explicaba entonces, con modestia y casi dulzura, las diferencias entre aquellas petequias, relativamente grandes y abundantísimas y las de la peste porcina, y advertía sobre los riesgos de los diagnósticos sin considerar uno de sus más favoritos temas, el diagnóstico diferencial entre las diversas enfermedades posibles, apoyado en todos los medios analíticos y necrópsicos disponibles.

Precedido por esta fama, Franco se incorporó a la Facultad de Veterinaria, en calidad de Ayudante de Clases Prácticas en diciembre de 1944, adscrito a la cátedra de Parasitología, Enfermedades parasitarias, Enfermedades infecciosas y Policía Sanitaria. Pasó a Profesor Adjunto de Enfermedades Infecciosas en noviembre de 1953, situación en que permaneció hasta 1963, cuando obtuvo la cátedra de Parasitología, Enfermedades parasitarias y Enfermedades infecciosas y Epizootiología, de la Universidad de Zaragoza.

Para León fue una pérdida importante la marcha de Franco. Los que fuimos sus alumnos lo recordamos exponiendo con la sencillez del maestro, sin grandes florituras, ni pedantes erudiciones de saber libresco. Por su boca hablaba la experiencia, y la exposición de sus famosos "diagnósticos diferenciales" permitía a los alumnos adquirir conocimientos articulados sobre la patología de las diversas especies. Era un modo de mostrar equilibradamente el enfoque etiológico de las infecciones, asociándolo a las especies afectadas y comparando los cuadros y epizootiología para llevar razonadamente al diagnóstico. Ahora va extendiéndose la enseñanza por especies, pero entonces la exposición seguía monolíticamente la etiología, en armonía con el texto habitualmente utilizado para la enseñanza, la monumental obra de Hutyra, Marek y Manning.

La pacífica vida académica de Franco, que se concentraba en las horas lectivas marginales (9,00-10,00 y 13,00-14,00), para compatibilizarla con su actividad en "Laboratorios SYVA", tuvo una inesperada alteración cuando ocupó el decanato de la Facultad el profesor S. Ovejero del Agua. El trabajo en colaboración que Franco y Ovejero habían tenido en "Laboratorios SYVA", había acabado en fría relación, cuando el segundo, rotas sus relaciones con *los Pablos*, fundó "Laboratorios Ovejero", mientras Franco permanecía en SYVA, cuya dirección ocupó. Las circunstancias personales de uno y otro eran muy distintas y, sin entrar en más detalles, Franco no podía acompañar a Ovejero y arriesgar su posición, único patrimonio que poseía, en tanto que don Santos estaba cubierto gracias a su condición de Inspector Provincial de Sanidad Veterinaria. Los antiguos compañeros tenían ahora relaciones correctas, simplemente.

Cuando las enseñanzas de Parasitología y Enfermedades parasitarias constituyeron asignatura independiente, dentro de la cátedra de Enfermedades infecciosas (plan de 1944), ambas con clase diaria, suponían un gran esfuerzo para un solo profesor. Por otro lado, comenzaba a darse importancia a la Parasitología, para la que empezaba a postularse una cátedra independiente. De ahí que el decano profesor Izquierdo, decidiera encomendar su enseñanza a un profesor diferente del de Enfermedades Infecciosas. El primer docente de esta disciplina fue Avelino Caballero Díaz, que abandonó la Facultad en 1949. El encargado de sustituirlo fui yo, bajo la tutela del profesor Franco. La situación era irregular administrativamente y, de hecho, las actas de calificación las firmaba Franco, aunque toda la docencia y las notas estuvieron en mis manos. El decano Ovejero, que venía con deseos de prestigiar y regularizar la vida de la Facultad, llamó a Franco para que se hiciera cargo de las clases de Parasitología, como le correspondía legalmente. Franco se vio abrumado con las dos enseñanzas, más su trabajo en la industria y, además, creyó ver en la exigencia de Ovejero, absolutamente razonable en lo legal, una cierta venganza por los problemillas del pasado. Lo cierto es

que anunció a sus alumnos que renunciaba al Encargo y abandonaba la Facultad... Los estudiantes se solidarizaron con Franco y se declararon en huelga, al tiempo que gritaban "¡Franco sí, Ovejero no!", parodiando las voces de "Franco sí, comunismo no", tan comunes en las manifestaciones organizadas en aquel período. Fue un momento delicado en las relaciones de ambos, mientras yo, que nada tenía que ver con sus problemas, pagaba los vidrios rotos. S. Ovejero, hombre de gran personalidad y con un sentido de la dignidad del cargo muy rígido, puso en conocimiento del rector T. Fernández-Miranda y Hevia los hechos y éste, que tenía modos imperiosos, acudió a León dispuesto a imponer la "disciplina y el orden", por encima de todo. Gracias a los buenos oficios de amigos comunes, como Marcelino Alvarez (secretario de la Facultad), Benigno Rodríguez (Jefe Provincial de Ganadería), Eliseo Fernández 'Uzquiza (director de la Estación Pecuaria Regional) y otros, se arregló la cuestión. Franco reconsideró su dimisión y yo quedé con las funciones que me correspondían como Ayudante. Después de mi ingreso en el Cuerpo Nacional Veterinario, se me concedió un Encargo, con todas las de la ley. Debo reconocer que, cuando Franco y yo acudimos a opositar a la cátedra, el profesor Ovejero se volcó en apoyo de ambos.

Al convocarse a oposición la cátedra de Parasitología, Enfermedades parasitarias, Enfermedades infecciosas y Epizootiología de la Facultad de Veterinaria de Madrid, Franco recibió estímulos de algunos de sus compañeros de León y, posiblemente, de su gran amigo don Rafael González Alvarez, catedrático en aquella Facultad. Franco y el profesor Sánchez Botija, que pretendía la misma cátedra, eran condiscípulos y amigos, de manera que el primero tuvo que vencer alguna renuencia y obrar no sólo al dictado de los ánimos que le llegaban, sino también entendiendo que tenía la obligación moral de medir sus fuerzas, pues ocupaba una cátedra vacante idéntica en León. Creía él que yo tendría ambiciones en aquella ocasión y me rogó que no firmara la oposición, quedando a la expectativa de futuras convocatorias. Franco realizó los tres primeros ejercicios, pero decidió retirarse, dejando expedito el camino al profesor Sánchez Botija, quien obtuvo la cátedra brillantemente, frente al otro opositor, el profesor Castellá Beltrán.

TRASLADO A ZARAGOZA

Al dotarse las cátedras de las Facultades de Zaragoza y León, decidimos concurrir a ellas y realizar conjuntamente la preparación. Hasta compartimos una misma habitación doble, en la Residencia del C.S.I.C., en Madrid. Fuimos afortunados y logramos las dos cátedras, con lo que se planteó la cuestión de quién tendría que ir a Zaragoza. Decidí quedarme en León y Franco partió hacia Aragón, con el profundo desgarró de tener que abandonar la ciudad en que había vivido los años más importantes, en la que quedaban los restos de su esposa y donde amigos y ambiente tan bien lo habían penetrado. Dejaba, además, la dirección y muchos años de su vida en "Laboratorios SYVA". Fueron aquellos días de marzo de 1963 sumamente importantes para nuestras vidas académicas. Uno y otro optamos por la dedicación exclusiva a la Universidad, dejando puestos oficiales y privados, cuando eran excepcionales aquellas renunciaciones entre los catedráticos.

En Zaragoza no dejó de tener algunas dificultades, inicialmente. En fin de cuentas, había sido el adversario de dos candidatos precedentes de aquella Facultad y, al lograr la cátedra, había desbaratado los planes de conquista de nuevas cátedras, que fraguaba un grupo dirigido por un hábil catedrático procedente de aquella Universidad, quien había logrado fructíferas "metástasis" académicas, aprovechando la debilidad de sus



Sala de Bacteriología de Laboratorios SYVA: D. Santos Ovejero del Agua (1), D. Angel Sánchez Franco (2) y D. Antonio Pablos Pérez (3), con sus colaboradoras. (Foto J. Gracia, hacia 1945).



M. Cordero del Campillo (1), D. Toribio Ferrero López, presidente del Colegio Oficial de Veterinarios (2) y D. Amgel Sánchez Franco (3), con motivo del banquete ofrecido por el Colegio de León, al obtener la cátedra (Restaurante Novelty, 1963).

opponentes. Franco, incapaz de intrigas, pugnas y conciliábulos, se dedicó a lo que no siempre constituye la esencia de la actividad en la Universidad: trabajar. Abrió los laboratorios de la cátedra a los veterinarios prácticos y ganaderos; participó en las actividades colegiales de Aragón, Navarra, La Rioja, País Vasco, Cataluña y Valencia; se rodeó de alumnos que pudieron aprender de él saberes varios y, especialmente, un modo de comportarse con dignidad y respeto. Con su buen hacer, pronto se vio rodeado del afecto y la estima de sus nuevos compañeros de Universidad y de todos los territorios a los que alcanza la influencia de la Facultad de Zaragoza. Con todo, Franco siempre suspiró por sus años de León, como si hubiera hecho suya la canción nostálgica de los leoneses "moridos de amor" por su tierra, al decir de la Pícaro Justina: "Antes de que te olvide, León querido/ Ha de cantar el gallo de san Isid(o)ro". En la primera visita que le hice en aquella Facultad, se mostraba contento de su trabajo y de los nuevos amigos, pero volvía recurrentemente sobre la comparación con los, para él, inolvidables años de León. Mientras paseábamos por El Coso y saludaba incesantemente a numerosos transeúntes, se lamentaba:

-No es lo mismo que en León. Aquí no conozco a nadie, ni tengo amigos.

-Pero Angel, ¿cómo dices eso, si no has dejado de pararte a conversar con un sinfín de personas?

Franco se reía, como un niño cogido *in fraganti* y contestaba:

-Sí, pero no es igual.

Efectivamente, Angel Sánchez Franco tuvo una clara predilección por dos ciudades: su Salamanca natal y León. Cuando le entregaron el título de "Presidente de Honor" del Colegio Oficial de Veterinarios de Salamanca, entre sus emocionadas palabras pudimos escucharle: "Llevo a Salamanca en el corazón y a León en el alma". Pero los años y sus descendientes le hicieron echar raíces fuertes y afectivas en Aragón.

VIDA CIENTÍFICA, ACADEMICA Y PROFESIONAL

Su formación científica de Franco se inició en la Escuela Nacional de Sanidad, cuando siguió el Curso de Ampliación de Estudios Sanitarios (1935), y prosiguió a lo largo de su trabajo en la industria y en la Facultad. Sus horizontes se ampliaron mediante la asistencia a cursos sobre parasitosis (Instituto Nacional de Parasitología, Granada, 1949), enfermedades del hombre y de los animales producidas por virus y rickettsias (Escuela Nacional de Sanidad, 1950), Diploma en Parasitología (Instituto Nacional de Parasitología, Granada, 1950), Especialista en Sanidad Veterinaria (Facultad de Veterinaria de León, 1953), Diploma en Sanidad (Bilbao, 1953) etc. Amplió conocimientos en el extranjero marchando a Perugia (Italia), para estudiar problemas de rabia, fiebre aftosa y enfermedad de Newcastle (1956), cultivos de virus en Brescia (Italia, 1956) y enfermedades tropicales en Hamburgo (Alemania, 1957).

La participación en congresos y reuniones científicas ha sido copiosa, desde la esfera regional y nacional: ponente en el Congreso Agrario Regional del Duero, Valladolid, 1945; I Semana del Ganado Lanar, Salamanca, 1965; ponente en el Symposium de Patología Aviar, Tarragona, 1965; ponente en el Id. de Pequeños Animales, Barcelona, 1966; ponente en la II Semana del Ganado Lanar, Salamanca, 1965; I Congreso Nacional de Parasitología, Granada, 1976; Symposium sobre Introducción de Razas Prolíficas Ovinas, Zaragoza, 1977; Symposium sobre la Cabra en los Países mediterráneos, Granada, 1977; Congreso Nacional de Buiatría, Zaragoza, 1978; ponente en el Congreso Nacional de Ovinotecnia, Zaragoza, 1979; ponente en el Congreso Nacional de Buiatría, Madrid, 1980, etc. En la esfera internacional participó en el I Congreso Internacio-

nal de Parasitología (Roma, 1965), Congreso Mundial Veterinario (París, 1967), II Congreso Internacional de Especialistas en Pequeños Animales (Barcelona, 1975), Congreso Internacional de Parasitología (Varsovia, 1978) y otros.

En su obra científica destacan sus trabajos sobre enfermedades infecciosas, especialidad a la que dedicó preferente atención, particularmente centrados con preferencia en la Patología porcina en sus inicios, y ampliados posteriormente a los rumiantes, aves y animales de compañía. En el *Libro homenaje al Profesor Dr. D. Angel Sánchez Franco* (Facultad de Veterinaria, Universidad de Zaragoza, octubre, 1981), que editó "Laboratorios SOBRINO, S.A." de Olot-Vall de Bianya (Gerona), pp. 11-14, se recogen las 60 publicaciones más importantes, de las que más de la mitad se refieren a procesos infecciosos. A ellas deben unirse las veintidós tesis doctorales que dirigió, de las que tres recibieron el Premio Extraordinario. La proyección práctica que tuvieron sus trabajos y su vinculación permanente con los problemas de la ganadería y la Veterinaria, sirvieron de base para que se le concediera la Encomienda del Mérito Agrícola (1979).

A lo largo de su prolongada actividad profesional, Angel Sánchez Franco ocupó cargos diversos, tanto en los ámbitos académicos como en los profesionales y sociales. Así, en la Facultad de Veterinaria de Zaragoza fue secretario (1964-1967), decano (1967-1970) y vice-decano II (1973-1981). De su labor universitaria, aparte de la actividad académica reglada, son testimonio los numerosos cursos en que participó (Diplomados en Sanidad en las Escuelas Departamentales de Salamanca -1958-1962- y Zaragoza -1965, 1966, 1967, 1973, 1975-; las innumerables conferencias dadas en los colegios veterinarios de León, Castilla, País Vasco, Navarra, Rioja, Aragón, Cataluña, Valencia, Castilla-La Mancha, etc.; los nombramientos de becario de honor de los Colegios mayores "Pedro Cerbuna", "Ntra. Señora del Carmen" y del menor "Baltasar Gracián", de Zaragoza, reveladores éstos últimos de su proximidad a los problemas de los estudiantes, etc., etc. Se integró, como académico de número en la de Ciencias Exactas, Físico-químicas y Naturales de Zaragoza (1966), de la que fue nombrado Secretario perpetuo, y en la Real de Medicina de la misma ciudad (1976), además de corresponsal de la de Ciencias Veterinarias de Barcelona y Valencia. Fue miembro de numerosas sociedades científicas, nacionales y extranjeras (Asociación de Parasitólogos Españoles, Internacional de Microbiología, Española de Microbiología, Española de Especialistas de Pequeños Animales, etc. Formó parte de la Junta de Gobierno del Colegio Oficial de Veterinarios de León y fue nombrado presidente de honor de los de Salamanca (1952), Zaragoza (1973) y Logroño (1979), más colegiado de honor de los de Barcelona y Lérida. Tomó parte activa en la directiva de la Cultural y Deportiva Leonesa, organizó la Casa de Salamanca en León y participó activamente en la vida de la comunidad leonesa en Zaragoza.

PERFIL HUMANO

Franco era menudo de cuerpo y ágil de movimientos. Conservaba aspecto juvenil, que él atribuía a la ventaja de que muchos pudieran darle "capones con el codo" por que, a la postre, "el burro pequeño siempre es buche", según sus mismas expresiones. Desde joven dio muestras de ser nervioso y, entre los recuerdos que guardaba con cariño de sus años mozos, figuraba una tarjeta de visitas, primorosamente escrita por uno de sus amigos que, sin duda imitando los apodos de las películas de *gangsters*, combinaba con sorna la definición de su temperamento, con el estrambote de una atribución absolutamente opuesta a sus aficiones. Decía la citada tarjeta: "Angel Sánchez Franco, *alias El Tranquilo*, campeón de tiro con fusil ametrallador". ¿Quién se

imagina a este Franco pegando tiros? De su carácter jovial y de su permanente afición al fútbol da muestras su pertenencia a un fantástico equipo que llevaba el grotesco nombre de "Toda la noche me la pasé atravesando pinares. Club de Fútbol, Salamanca".

Enormemente desprendido, siempre estaba invitando a todo el mundo. La primera cartera que aparecía en el bar era, sin excepción, la de Franco. Lo mismo ocurría si era preciso ayudar a algún amigo en apuros económicos, o si se requería su apoyo en favor de cualquiera que estuviera sufriendo moral o materialmente. Todos en mi familia recuerdan su angustia cuando me hallaba padeciendo una neumonía atípica, para la que buscó afanosamente las primeras dosis de aureomicina que tomé. Nuestro común amigo Primo Martín Sánchez, que convivía con él en la Residencia Sanitaria en Alicante, recibió también los beneficios de su tutela afectuosa. Y tantos y tantos.

Su estatura moral y el sentido de la amistad de Franco quedaron inequívocamente demostrados con ocasión de la oposición a la cátedra de Parasitología y Enfermedades Parasitarias de la Facultad de Veterinaria de Córdoba, a la que concurrió su hija Caridad. Presidía yo aquel tribunal, en el que mi voto fue decisivo y contrario a mis sentimientos, bien lo sabe Dios, pero armónico con lo que creí que era justo. Ha sido uno de los momentos más tristes y convulsos de mi vida académica, en el que afectos y deber se contrapusieron. Aparte de todo, me preguntaba interiormente:

-¿Cómo lo entenderán Franco y *Caruchi*?

A mí me importaba mucho la respuesta y medité muchos días sobre la procedencia y conveniencia de dar algún tipo de explicación a mis amigos. Decidí escribir a Franco para manifestarle las razones que me habían llevado al voto y para expresarle mi tristeza por el dolor que hubiera podido causar. El gran caballero que era Angel Sánchez Franco me había escrito -nuestras cartas se cruzaron- expresando su comprensión por mi actitud y aceptando que habrían sido motivaciones limpias las que me habían llevado a no conceder el voto a su hija. Debo decir que Caridad, aparte de su condición de hija de Angel S. Franco, había sido generosa profesora de solfeo y piano de dos de mis hijos. Digna hija de tal padre, aceptó con elegancia y comprensión mi adversa decisión. Cuando, a lo largo de muchos años de docencia, comparo tales actitudes con la de conocidos, compañeros y amigos (?), cuyos hijos recibieron mis "suspensos", la dignidad de los Sánchez-Franco se agiganta. Pocos años más tarde, tuve la oportunidad de votar gozosamente para la cátedra a esta mi antigua alumna, hoy prestigiosa, colega la Dra. Caridad Sánchez Acedo, que ha creado un activo grupo de trabajo en la Facultad de Veterinaria zaragozana.

Angel Sánchez Franco fue una persona querida universalmente, que no tuvo enemigos, ni siquiera adversarios, salvo en situaciones temporales, en que pudo ser a título para ambiciosos. Fueron innumerables los homenajes de afecto que recibió, a pesar de que su talante modesto no facilitaba la tarea de sus admiradores, pero eran tantos los que se consideraban sus amigos y tantos los que, sin serlo, se sentían atraídos por su personalidad generosa y afectiva, que era siempre un éxito garantizado cualquier reunión que se preparara en su honor. El banquete de despedida organizado por su Facultad de Veterinaria de Zaragoza (27-XI-1981), rozó la apoteosis y si, según se dice en Nueva York, el día de San Patricio todos quieren tener origen irlandés, en aquella ocasión todos fueron amigos fervorosos del profesor al que jubilaba la administración. El mayor restaurante de Zaragoza resultó insuficiente y fueron precisos altavoces para que, quienes no lograron entrada, pudieran seguir el desarrollo de la innumerables intervenciones de representaciones de todos los estamentos universitarios y colegiales, que le hicieron presente sus sentimientos y le entregaron, en muchos casos, obsequios. Con los amigos del cuadrante NE de España, allí estaban numerosos representantes de Salamanca y León, que habían acudido incluso en autobuses para prestarle el calor de

sus tierras de origen. En aquella ocasión se me confió el honor de pronunciar, entre otras, las siguientes palabras:

“Don Angel es un ciudadano del mundo, capaz de engrosar la nómina de sus amores, sin detrimento de los pre-existentes. Nació y se crió en Salamanca y a ésta su ciudad vuelve con frecuencia, “enhechizado” por la armonía informal de su caserío y sus monumentos, donde épocas y estilos integran un conjunto equilibrado, a la medida del hombre. Don Angel conoce los rincones íntimos de la ciudad, desde las áreas en que Calixto y Melibea desgranaban sus amores, hasta las calles y pasadizos por donde deambula el espíritu de Unamuno; desde la majestuosidad de sus dos catedrales, o la gracia plateresca de San Esteban, hasta los recintos del *Alma mater*. Nada digamos de la Plaza Mayor, cuyo recorrido exige de don Angel varias horas de interminables saludos y abrazos.

Sin violencia y, por supuesto, sin olvido, don Angel traslada su vida a León, donde pasa los breves años de su matrimonio, románticamente nacido en Valladolid, como un amor de guerra. Casi en León nace su hija y allí reposará también su compañera. Don Angel huye de su angustia con muchas horas de trabajo y preocupaciones, fabricando, poco menos que a mano, en condiciones primitivísimas, los sueros y vacunas que exigía la política autárquica de los años 40 y 50. Una etapa obsesivamente marcada por la lucha contra la contaminación de los productos, en milagrosa aplicación de las normas de asepsia y antiseptia. Rodeado de compañeros, amigos y familiares, don Angel se convierte en un viudo modelo, al que no pocas señoritas leonesas y salmantinas quieren llevar al altar. Pero él resiste brava y ejemplarmente el asedio y se convierte en el *hombre fiel* que nos proponen nuestras esposas como modelo a imitar, si llegáramos a perderlas. Yo, señoras y señores, no tendría ningún inconveniente en ello...”

Sus méritos profesionales lo llevan a participar en la enseñanza. En la Facultad nos conocimos (1945), él como profesor y yo como alumno. Era un profesor ecuánime, cuyas justas convicciones sólo se tambaleaban cuando examinaba a algún salmantino. En 1948 comenzamos el común trabajo en la industria. Yo me sentía separado de don Angel por el abismo que las diferencias de generación y de conocimientos marcaban, pero él, con su cordialidad, bonhomía e intuición, iba tendiendo puentes, cada vez más firmes, para superar los hiatos iniciales y anudar así una relación que ha resistido pruebas muy crueles. De aquellos años recuerdo su pícaro sonrisa cuando yo le pedía el V.ºB.º sobre la pureza de un cultivo, dispuesto para inocular caballos. El tenía en mí una confianza que a mí me faltaba e, inevitablemente, me decía: “Vd. quiere compartir conmigo su responsabilidad ¿verdad?”. Y tenía razón. Al aprendiz que yo era le impresionaba la facilidad con que don Angel, con dos datos de anamnesis, un vistazo al cadáver y una somera reflexión, le permitía formular un diagnóstico certero. Yo tenía que seguir un trabajoso proceso de raciocinio para llegar a parecidas conclusiones, mientras que su intuición vivaz resolvía en instantes el problema.

Juntos preparamos y realizamos las oposiciones a cátedra, en unas condiciones penosas. ¡Bendita industria! gracias a la cual tuvimos medios que la Universidad no proporcionaba. Cuando rememoro todos los años de trabajos en la Universidad y cuando, guiado por mi afición a la historia, he buceado en el pasado, me invade un sentimiento de tristeza y frustración, por muy tranquila que pueda estar mi conciencia, al medir medios y logros. En esta situación tuvimos que realizar la preparación inmediata para ganar nuestras respectivas cátedras.

Don Angel cambió los pequeños valles del Bernesga y del Torío, por el anchuroso del Ebro. El león de púrpura en campo de plata, por el de oro en campo de gules. El carácter frío y seco de los leoneses, por el franco y rudo del aragonés. Partió con la tristeza de quien deja amigos por doquier y se enfrenta con lo desconocido. A los

pocos meses tenía tantos amigos como había dejado atrás y no menos fieles. Se hizo zaragozano, con la misma fidelidad con que vivió durante la guerra en Valladolid, y después en León, sin excluir antiguos afectos, sino ampliando su inmenso corazón. Su venida a Zaragoza, fue una repetición del trasiego de profesores que han mantenido relacionadas ambas Escuelas/Facultades, no sólo en los últimos tiempos, sino desde el siglo pasado... Permítanme que recuerde a los profesores Robert y Serrat, que vino a Zaragoza desde León, en 1866; Martínez Anguiano, vinculado en 1880 a la Sociedad Económica de Amigos del país, de León, con la que colaboró en el Congreso Filoxénico de Zaragoza; Aramburu y Altuna, que pasó de Zaragoza a León, después a Santiago de Zaragoza; Aramburu y Altuna, que pasó de Zaragoza a León, después a Santiago y, por último regresó a su origen; Martín Núñez, venido en 1899; Martínez Baselga, con breve estancia en León, reincorporado a Zaragoza en 1903; González y García, el padre de don Rafael González, a quien muchos recordamos, que vino en 1910; Giménez Gacto, otro anatomista que también estuvo en León, hasta pasar a Zaragoza en 1913; González Pizarro, que, sucesivamente fue catedrático de León, Córdoba y Zaragoza, a donde arriba en 1920; Indalecio Hernando, otro salmantino, que enseñó en León y vino a Zaragoza en 1926; y el desgraciado don Moisés Calvo, catedrático de Zaragoza que, desposeído de su cátedra, por su fe protestante, se refugió algunos años en la caridad de veterinarios leoneses... en los años de la guerra civil.

De la vida del profesor Sánchez Franco en Zaragoza, saben Vds. más que yo...”

Al jubilarse, Angel Sánchez Franco en Zaragoza, tuvo el gesto elegante de no solicitar ser nombrado Profesor emérito, cuando reunía todas las condiciones para ello y tenía la seguridad de obtenerlo.

Angel Sánchez Franco nos dejó en diciembre de 1988. Unos días antes de su tránsito, lo visitamos en el Hospital Universitario, el profesor P. Cármenes, catedrático de Enfermedades infecciosas y Epizootiología en León, el profesor F. A. Rojo Vázquez, catedrático de Parasitología y Enfermedades parasitarias de Madrid, el profesor Titular de la misma materia, Dr. M. Fernández Díez y yo: cuatro discípulos y amigos, entristecidos por la noticia de su padecimiento, sin sospechar que le dábamos el último adiós. Angel nos abrazó emocionado, reteniéndonos un largo tiempo, como si él supiera que su vida se extinguía, aunque estaba plenamente lúcido y aparentemente vigoroso. Sus restos recibieron sepultura el mismo día en que yo presentaba públicamente mi *Crónica de un compromiso*, que él no pudo leer. Su recuerdo me atenazó mientras tenía que manifestar equilibrio y, en cierto modo, valentía, para decir lo que a muchos -incluidos falsos amigos de ambos- habría de disgustar. Seguro estoy de que la tierra le será leve, pues siempre fue un hombre de bien.